

SÓFORAS Y JACARANDAS
HABLANDO CLARO

COLECCIÓN COMUNICACIÓN
SERIE COMUNICACIÓN CORPORATIVA, MARKETING,
PUBLICIDAD Y RELACIONES PÚBLICAS

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHIEF

Editor de Colección: Dr. Luis M. Romero-Rodríguez

Coordinadora de Serie: Bárbara Castillo-Abdul

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Dr. Ignacio Aguaded, Universidad de Huelva, España.

Dr. Manuel Ángel Vázquez Medel, Universidad de Sevilla, España.

Dr. Francisco García García, Universidad Complutense de Madrid, España.

Dra. Carmen Marta Lazo, Universidad de Zaragoza, España.

Dra. Victoria Tur Viñes, Universidad de Alicante, España.

Dr. José Manuel Pérez Tornero, Universidad Autónoma de Barcelona, España.

Dra. Ana Almansa-Martínez, Universidad de Málaga, España.

Dra. Agrivalca Canelón Silva, Universidad de La Sabana, Colombia.

Dra. Diana Rivera Rogel, Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador.

Dra. Morella Alvarado Miquilena, Universidad Central de Venezuela, Venezuela.

Dr. Gustavo Hernández Díaz, Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela.

Dr. Eddy Borges Rey, Northwestern University, Qatar.

Dr. Carlos Muñiz Muriel, Universidad Autónoma de Nuevo León, México.

Dra. María Soledad Ramírez Montoya, Tecnológico de Monterrey, México.

JESSICA J. LOCKHART

SÓFORAS Y JACARANDAS
HABLANDO CLARO



Editorial Sínderesis

1ª edición, 2020

© Jessica J. Lockhart

© 2020, editorial Sindéresis

Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España

Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-18206-51-1

Depósito legal: M-30129-2020

Produce: Óscar Alba Ramos

Imagen portada: Gerd Altmann en Pixabay

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ÍNDICE

Prólogo.....	9
1. La comunicación, esa característica humana	11
1.1. Diferencias fundamentales entre la comunicación hu- mana y la comunicación animal	12
1.2. El emisor y el receptor en la comunicación humana y en la comunicación animal.....	20
1.3. El desarrollo lingüístico de los seres humanos frente al de los animales.....	22
2. Objetivo, comprender a la persona.....	25
2.1. Comprender al otro.....	29
2.2. Comprenderme a mí	44
3. ¿Quién es mi interlocutor?	47
3.1. La comunicación interpersonal.....	47
3.1.1. Las máscaras sociales.....	49
3.1.2. Expectativas	56
3.2. La comunicación intrapersonal.....	57
4. Obstáculos en el camino	65
4.1. Obstáculos físicos.....	65
4.2. Obstáculos lingüísticos	69
4.3. Obstáculos personales.....	73
5. El uso de las palabras.....	83
5.1. El impacto de las palabras	84
5.2. Las palabras impulsadoras.....	91
5.3. Las palabras limitantes	92
6. Herramientas verbales y paraverbales.....	97
6.1. El lenguaje verbal oral y escrito.....	98
6.2. El lenguaje paraverbal	108
7. El lenguaje noverbal.....	113
7.1. El lenguaje corporal en humanos	119
7.2. El lenguaje no verbal no corporal en humanos	125
8. La versatilidad del silencio.....	133

8.1. Hablando sin hablar	135
8.2. La intención en el silencio	141
8.3. El silencio en las distintas culturas y grupos humanos	144
9. Los añadidos decorativos pero útiles.....	147
9.1. Palabras de relleno y comodines	148
9.2. Coletillas y muletillas	151
9.3. Palabras camaleónicas o polivalentes.....	153
9.4. Otras palabras vacías	155
9.5. Otras decoraciones con valor	156
9.6. Decoraciones con doble sentido o doble utilidad.....	157
10. Cuando no se habla el mismo idioma	161
11. Delegar hablando.....	175
12. Establecer puentes en los conflictos.....	191
12.1. Puentes en la comunicación intrapersonal.....	195
12.2. Puentes en la comunicación interpersonal.....	199
13. ¿Instruir o construir?.....	205
13.1. El papel didáctico	205
13.2. El papel monopolizador	209
13.3. El papel receptor	213
13.4. El papel mediador	216
14. Conclusiones	219
14.1. ¿Quién soy?.....	219
14.2. ¿Quién es el otro?	221
14.3. Tener una idea clara	222
14.4. ¿Cuál es el propósito de la comunicación?	223
14.5. El entorno.....	224
14.6. No solo hablar	225
14.7. Crear ambiente.....	226
14.8. Eliminar distracciones.....	227
14.9. ¿Qué me están diciendo?.....	227
14.10. Pedir aclaraciones	228
14.11. Elegir los términos	229
14.12. Sumando	230
Referencias.....	231

SÓFORAS Y JACARANDAS

HABLANDO CLARO

JESSICA J. LOCKHART

Instituto Internacional de Humanología, Panamá

jessica@iih.world

RESUMEN

Comprender y conocer el ser humano que somos cada uno nos permite abordar nuestra comunicación desde una perspectiva más profunda y sólida. Este libro estudia las diferencias en los actos comunicativos de las personas en función de los componentes que los constituyen como seres humanos, explicando el impacto que causan sobre su estilo y sus destrezas comunicativas personales, y cuáles son sus limitaciones y habilidades. Cuando un ser humano conoce y comprende estas características personales que son suyas únicamente, está en situación de tomar las riendas de sus actos comunicativos y adaptarlos a la situación en la que se encuentra y a los interlocutores con quienes esté interactuando. Este libro ofrece, por tanto, una nueva manera de abordar la comunicación humana y una herramienta única para facilitar nuestro propio autoconocimiento desde la nueva disciplina de la humanología. Las sóforas y las jacarandas son dos especies de árboles que pueden resultar desconocidas para muchas personas por ser oriundas de tierras lejanas entre sí, por lo que el título hace un llamado precisamente a los seres humanos que son los lectores a través de comprender su curiosidad.

Palabras clave

Máscaras sociales; comunicación humana; ser humano; creencias; esfera personal.

ABSTRACT

Our communication is enhanced and deepened when we know and understand the human beings that we are. This book studies the differences that can be found in the acts of communication carried out by the different people based on the components of their own humanity. It explains how those elements impact their style, their personal communicative skills, their limitations and strengths. When a person knows and understands their own unique personal traits, they can take control of their communication and adapt it to the situation they are in and to the interlocutors they have. This book thus presents a new way in which to approach human communication; a unique tool that facilitates knowing oneself from the new discipline called humanology.

Keywords

Social masks; personal sphere; beliefs; communicate; human beings.

SOBRE LA AUTORA

Jessica J. Lockhart Reconocida escritora y conferencista internacional, ha creado y divulgado poderosas metodologías para el aumento de la motivación y el optimismo, así como una disciplina de estudio y explicación del ser humano llamada humanología. Doctora Honoris Causa en Ciencias Humanistas por la World Humanistic University de Florida, Estados Unidos, Socia de honor de la ACCPH del Reino Unido, reconocida por la CHRO de Asia como una de las 100 líderes de coaching mejores del mundo y avalada por la Academia Europea de las Neurociencias, la Economía y las Humanidades, es creadora del Instituto Internacional de Humanología con sedes en Suiza y Panamá, autora de diversos libros y directora de programas de radio y televisión.

***Correspondencia (un solo autor):**

Jessica J. Lockhart (jessica@iih.world) Instituto Internacional de Humanología, Tucán Country Club 19, Cocolí, Panamá.

PRÓLOGO

Leer este libro te permitirá entender la comunicación desde otro punto de vista nunca antes visto.

Cuando me pidieron que escribiera este prólogo, no lo pensé más de dos veces para aceptar. Conocí a Jessica hace más de dos años por cosas de la vida que unos llaman destino, otros llaman la ley de la atracción. Ella llegó a mi vida con un único objetivo que fue construir redes. No tuve el agrado de conocerla en persona sino hasta hace un año atrás aunque compartimos muchas reuniones a través de la computadora y cada vez que conversábamos encontrábamos un sinnúmero de oportunidades para trabajar conjuntamente en varias iniciativas.

Siempre me ha encantado su forma de comunicar, sin duda es una experta en hacerlo, ya que a pesar de la distancia impartió una ponencia digna de aplausos, aun siendo una de las pocas que lo hacía en línea. Desde ese día en que la escuché hablar sobre el bienestar emocional, la empatía y el positivismo me quedé encantada.

Jessica además de ser la creadora de la Humanología, año a año ayuda a impulsar a que cada vez sean más los seres humanos que se proponen conocerse mejor para de esta manera poder ser mejores personas. Por ello, ha decidido crear este libro el cual nos permite entender de una mejor manera qué es la comunicación y cuáles son las herramientas que nos permitirán hacerlo de una mejor manera desde una perspectiva mucho más profunda que nos obliga a indagar sobre nosotros mismos y sobre el entorno que nos rodea.

La ventaja que tiene este libro es que es muy fácil de leer, tiene mucho contenido interesante pero sobre todo entrega muchas herramientas útiles para el diario vivir. Jessica desde su perspectiva como humanóloga plantea dentro de cada uno de sus capítulos varios temas que nos permiten analizar

cómo es la comunicación día a día y también cómo ha ido evolucionando con el paso del tiempo.

A continuación me permito destacar algunos temas que fueron los que más me llamaron la atención: Primero, para realizar una comunicación efectiva se debe comprender a la persona, ya sea a nosotros mismos como a las personas con las que estamos entablando una conversación. Esto nos permitirá entender de mejor manera qué instrumentos son los más adecuados para lograr transmitir nuestro mensaje. Segundo, conocer el entorno y los obstáculos que este tiene, ya sean físicos, lingüísticos o personales, entre otros porque de esta manera podremos analizar si la comunicación que estamos realizando no es entendida por cualquiera de estos factores. Tercero, la importancia del lenguaje verbal y no verbal al momento de la comunicación. Este aspecto complementa nuestro mensaje porque de éste depende si comunicamos de manera congruente o no lo que queremos transmitir. Cuarto, los inconvenientes y ventajas de comunicarse en un idioma que es extranjero. Esto nos muestra la versatilidad del ser humano al adaptarse a distintos ambientes. Finalmente, en la última parte del libro Jessica nos plantea "aplicaciones prácticas de la comunicación humana" con herramientas para ser utilizadas como por ejemplo: cómo usar el lenguaje para delegar y guiar a otros a cumplir su trabajo de una manera efectiva o ayudar a mediar en situaciones de conflicto y finalmente hacer uso del lenguaje para capacitar o instruir en un determinado tema a la comunidad.

Por todo lo planteado previamente, considero que este libro es un excelente aporte al mundo de la comunicación, ya que nos brinda herramientas que pueden ser aplicables para cualquier realidad y cualquier medio; sea este en el trabajo o en lo personal. Así que les invito a leer este libro tan interesante y útil.

Carmina de la Torre
Comunicadora y profesora
Rectora de la World Humanistic University
Directora Ejecutiva Adjunta de Parlare Asesoría Integral

1. LA COMUNICACIÓN, ESA CARACTERÍSTICA HUMANA

Al igual que otros muchos seres vivos, los humanos nos comunicamos desde que venimos al mundo. Es una característica biológica de los animales. Transmitimos o compartimos información, que es la definición más básica del acto de comunicarse. Al principio, nuestras formas son rudimentarias y toscas, repeticiones aprendidas de sonidos que provocan un resultado y que rápidamente hacemos nuestros. Aquellos que funcionan, los mantenemos y los que no, los desecharnos con premura. Así, con el transcurrir de los días y observando las reacciones de nuestro entorno, vamos puliendo y eligiendo sonidos y articulaciones que nos ofrecen la respuesta buscada. Aunque este no es un proceso consciente y más bien se parece al tipo de comunicación que podemos encontrar en otras especies con sistemas menos desarrollados, pronto cambia y se convierte en uno mucho más complejo y sofisticado, con intención, abstracción y profundidad.

Los humanos nos comunicamos desde que venimos al mundo.

Un ejemplo del tipo de sonido que utiliza un bebé durante los primeros días de vida y que después repite porque le sirve es el llanto. Con él rápidamente aprende a comunicar sus necesidades más básicas. No es hasta la adquisición del lenguaje que deja de utilizarlo como método fundamental de intercambio de información, y aún después sigue formando parte de sus herramientas comunicativas.

A efectos de este libro vamos a referirnos en todo momento a la comunicación consciente. Existen muchas situaciones en las que tanto los seres humanos como los animales se comunican sin darse cuenta, de forma inconsciente, pero no vamos a incluirla en el alcance de esta publicación excepto en aquellos casos que resulte de relevancia. Todo el texto hace referencia a la transmisión de datos o información con un objetivo preciso y selectivo, aun cuando se utilicen algunos ejemplos de comunicación no consciente para ilustrar lo que se está explicando.

1.1. Diferencias fundamentales entre la comunicación humana y la comunicación animal

La comunicación humana difiere de la usada por otras especies en varios aspectos, siendo el más llamativo la variedad y riqueza de nuestros métodos y estilos de comunicación. En ese sentido, la diferencia es tan grande, que se podría decir que solo nosotros alcanzamos ese rango de expresión. De hecho, la comunicación humana es la más compleja del planeta porque consta de una doble articulación que nos permite hacer uso de expresiones lingüísticas complejas formadas por elementos con significado que se pueden subdividir aún más hasta llegar a elementos fonéticos identificables y únicos, los fonemas. Esto entraña una doble ventaja; por un lado nos permite la capacidad comunicativa múltiple a diferentes niveles en paralelo, lo que facilita que con una frase podamos transmitir diversos significados simultáneamente, llegando a infinitas posibilidades, y por otro, hace posible la combinación de elementos varios en constructos explicativos o subordinados, aclaratorios o declarativos. Ningún animal es capaz de comunicarse como lo hacen los humanos en varios niveles a la vez o de manera tan amplia, variada y flexible. Combinando y permutando tan solo un puñado de signos, sonidos o letras, podemos expresar conceptos e ideas sin límite, mientras que el resto de la fauna hace uso de un sistema cerrado de sonidos o gestos que, además, no se combinan entre sí para crear nuevos significados. El ser humano puede, por ejemplo, añadir dos términos diferentes para crear un tercero en frases e incluso en una única palabra, como ocurre con vocablos como *espantapájaros*. Los animales no pueden hacer algo así, aunque a lo largo de la historia nos hemos ido encontrando con algunas excepciones muy señaladas. Algunos primates sí parecen haber hecho uso de dos conceptos seguidos para hacer referencia una realidad para la que carecían de término. Los casos más conocidos son los del gorila Koko y el chimpancé *Washoe*, que en alguna ocasión aislada unieron dos gestos individuales con ese fin. Recordemos que se comunicaban a través del lenguaje de gestos. Aun siendo excepcional, ninguno de los animales desarrolló su capacidad más allá de aque-

Ningún animal es capaz de comunicarse como lo hacen los humanos.

llas situaciones individuales ni alcanzó ningún desarrollo adicional. Tampoco pudieron repetir esas combinaciones de manera habitual. Terrace, (1979: 901) concluye que “el aprendizaje lingüístico de los orangutanes está extremadamente restringido. Pueden aprender símbolos aislados, pero no muestran signos inequívocos de poder dominar la parte conversacional, semántica o sintáctica del lenguaje.”

En combinaciones ya no solo de palabras sino también de sintagmas, o unidades sintácticas, el lenguaje se vuelve así infinito, creativo, flexible e inconmensurable. Con él, el ser humano puede referirse a todo lo presente y a lo ausente, a lo real y a lo imaginario, a lo definido y a lo abstracto. Al comunicar las ideas complejas que el lenguaje humano permite, el universo mental se expande.

No podemos imaginar algo a lo que no le podemos poner un nombre o una imagen. Un bebé es capaz de reconocer objetos que ha visto (u oído) aún sin poder ponerles nombre, por lo que el lenguaje es posterior a la experiencia humana. Si hay algo que carece de ambos, nombre e imagen, no existirá para nosotros, por lo que no lo podremos imaginar. Incluso los mundos fantásticos pueden llevar nombre porque los imaginamos, y al asignarles una imagen, aunque inmaterial, les damos vida. Nos encontramos entonces con palabras que hacen referencia a seres y objetos inexistentes excepto en nuestra mente o en nuestra imaginación. Así, si hablamos de “gamusinos,” ese ser imaginario tradicional del folclore español, es posible que cada persona tenga una imagen mental única y diferente de las que tengan las demás personas puesto que se trata de algo inexistente en el mundo real, pero al tener nombre, sí puede existir en el imaginario y por lo tanto formar parte del lenguaje. Todo lo que el lenguaje es capaz de

El lenguaje es posterior a la experiencia humana.

nombrar y asociarlo a una imagen, entonces, existe de una forma u otra. Ningún estudio científico ha sido capaz de demostrar una complejidad así en el mundo animal.

En ocasiones las personas discuten este punto porque dicen que, por ejemplo, sí reconocemos colores cuyo nombre desconocemos. La propuesta sin embargo, sigue siendo válida porque, en este caso, sí tendrán un

nombre, aunque quizá no exacto o preciso. Así, tal vez no conozcamos la denominación exacta del color turquesa, pero nos referimos a él como “azul verdoso” o “verde azulado.” Los animales no utilizan aproximaciones para reflejar un concepto. Un sonido o un gesto refleja una idea.

Curiosamente, los estudios realizados por diferentes lingüistas llegan a la conclusión de que todos los idiomas utilizados por el hombre en el planeta están más o menos igual de desarrollados. Aún aquellos usados por tribus encontradas muy avanzada la historia de la humanidad presentaban una complejidad similar a la de, por ejemplo, el inglés o el español, como entre otras cosas señala Pinker en su libro de 1979, *El instinto del lenguaje*. También resulta curioso resaltar que todas las gentes de todos los continentes utilizan algún tipo de lenguaje. No se ha conocido nunca una tribu muda. Sí ha habido casos de personas que no han desarrollado destrezas lingüísticas o que las han tenido muy limitadas por haber crecido en aislamiento, aun cuando luego fueran incorporadas a la sociedad, pero la voluntad de comunicar usando un lenguaje común parece formar parte de las características básicas del ser humano.

Los animales tampoco han ideado sistemas de signos que representen su lenguaje, como lo hacemos los seres humanos al escribir o comunicarnos a través de signos acordados dentro de una comunidad. También en este aspecto, el lenguaje y la comunicación de nuestra especie son mucho más sofisticados y avanzados que las de las demás. Las personas podemos utilizar diferentes modalidades comunicativas, en ocasiones incluso combinándolas, para transmitir información; podemos hablar de manera verbal u oral, por escrito o utilizando señas e incluso con representaciones pictóricas como los jeroglíficos o gráficas como el sistema Braille. Ninguna especie animal ha inventado ningún soporte físico para representar su comunicación ni es capaz de plasmarla de ninguna manera. El animal emite su mensaje, siempre de la misma manera y utilizando el mismo formato, y nada más. Los humanos podemos compartir un mismo significado de formas diversas, con términos diferentes, en soportes variados e incluso en diferentes idiomas.

Los animales tampoco han ideado sistemas de signos que representen su lenguaje.

En este sentido, el ser humano ha creado sistemas de comunicación complejos y extensos que permiten a las personas privadas de alguna capacidad, como por ejemplo de la voz, seguir comunicando sus mensajes de manera completa y compleja. Las personas mudas siguen siendo emisoras y receptoras de información. Aun cuando falte más de un sentido, los seres humanos han encontrado la manera de comunicar. Una vez la persona descubre que el lenguaje refleja ideas, conceptos y todo aquello que llevamos en nuestro interior y que observamos en nuestro exterior, la comunicación fluye. Pensemos en un ejemplo notable y reconocido como modelo: Helen Keller. Ciega y sorda antes de cumplir los 2 años, esta mujer no solo aprendió a comunicarse con fluidez utilizando un sistema de signos manual, sino que acabó cursando estudios universitarios y escribiendo libros y artículos. Ella misma escribió: “la literatura es mi Utopía. No hay barrera de sentidos que me puedan quitar este placer. Los libros me hablan sin impedimentos de ninguna clase.” Con esta declaración, la autora deja clara su capacidad de comunicarse, en este caso, a través de los textos.

Las personas mudas siguen siendo emisoras y receptoras de información.

Sin embargo, no existe ningún grupo de humanos en el planeta que haya elegido utilizar un sistema de comunicación que no sea el lenguaje verbal en ausencia de problemas físicos. Es decir, los lenguajes alternativos son utilizados en caso de necesidad y como método de apoyo, pero no son la primera opción en ningún caso.

Nuestra capacidad para transmitir generalizaciones conceptuales, por otro lado, no tiene parangón entre el resto de los animales. Aunque algunas especies parecen ser capaces de expresar ideas abstractas, como las abejas que informan a sus compañeras a través de rituales de danza del lugar donde podrán encontrar flores, solo los seres humanos dominamos la capacidad de expresar nociones complejas remotas y atemporales. La abrumadora mayoría de los animales se refieren a realidades presentes y, aquellos que sí tienen la capacidad de apuntar a objetos o conceptos alejados, lo hacen de manera muy limitada y siguiendo un código sencillo y básico que no permite alteraciones. Veamos a qué me refiero en el siguiente ejemplo:

Sofía buscó en su interior un rescoldo de aquella vivencia, un atisbo del sentimiento que le llevó a comportarse con tanta rabia frente a Tara e intentó ofrecérselo a Román: “todo estaba oscuro y me empujó hacia aquel agujero sabiendo que, si yo caía, ella podría pasar. Hacía un frío terrible. Creo que fue por eso que no reaccioné a tiempo. Estaba entumecida y atarida. De no haber sido así, jamás habría caído.”

En este ejemplo vemos que Sofía está haciendo referencia a un evento que ocurrió en algún momento del pasado, en algún lugar diferente del actual y con personas que no vemos en escena. Habla de un recuerdo y conjunta imágenes con sus palabras para compartir una realidad que Román nunca vivió. Le transmite sensaciones e incluso acciones de las que él no fue testigo pero que, a través de las palabras, sí puede imaginar. Este tipo de comunicación está vedada a los animales; carecen de las capacidades de recreación y transmisión necesarias para llevarlo a cabo.

Dentro de este aspecto de la abstracción lingüística, hay otro rasgo de nuestra comunicación que nos distingue claramente de los animales, y es que nosotros usamos un sistema vocal abierto y ellos cerrado. Esto significa que nuestros recursos comunicativos son ilimitados y combinables, que podemos ampliar nuestro vocabulario para adaptarlo a la nueva realidad o inventar nuevos términos. Las demás especies carecen de la capacidad para hacer un uso flexible y creativo de su comunicación, lo que les limita a un conjunto de signos específico. Es decir, el hombre descubre un nuevo objeto y lo bautiza con una palabra. Puede generar nuevos componentes, y de hecho lo hace constantemente. Los animales no pueden hacerlo. Encontramos un caso que lo ilustra en el hecho de que podamos unir diferentes ideas para crear o transmitir otras nuevas. Cuando decimos, *estaba lloviendo*, transmitimos cierta información pero, si le añadimos más elementos a la misma frase: *estaba lloviendo y las gotas caían con fuerza empujadas por el fuerte viento del norte*, la imagen cambia del todo. Los animales no pueden combinar material lingüístico de esta manera, limitándose a conceptos establecidos y aislados que limita mucho su capacidad para compartir información. El lenguaje humano puede así combinar elementos hasta el infinito y crear con las distintas combinaciones significados diferentes. Puede incluir palabras y frases dentro de otras, relacionarlas entre sí, y cambiar el significado de lo que está

expresando. Si pensamos en la frase: “hoy hace sol,” y la combinamos con “a pesar del frío que siento,” vemos que en la primera solo estamos describiendo una realidad externa y al añadir la segunda hemos alterado por completo el significado del mensaje incluyéndole información interna, que va más allá de lo perceptible y objetivo.

Algunos lingüistas como Pinker también han llegado a la conclusión, tras numerosos estudios, que las lenguas comparten cientos de leyes universales; es decir, que los idiomas tienen patrones parecidos y no son constructos independientes del todo diferentes entre ellos. Esto nos indica que la comunicación humana se establece en su formato principal utilizando un vehículo de transmisión que comparte similitudes en todas sus versiones en el planeta. Las lenguas indoeuropeas comparten así patrones con las aborígenes de Australia pero también con las japónicas, por poner un ejemplo.

La comunicación humana es la única, además, que asigna símbolos específicos y arbitrarios a los conceptos en lo que conocemos como lenguaje. El humano ha creado a lo largo de los siglos diferentes sistemas lingüísticos en distintas zonas geográficas, todos con el mismo objetivo. Estos sistemas, formados por símbolos o conjuntos de sonidos que hacen referencia a ideas reales o abstractas, han ido conformándose de manera aleatoria y sin una causa específica para su designación. Así, el término que el sistema español eligió para referirse al “animal doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas, que tiene olfato muy fino y es inteligente y muy leal a su dueño” es perro, mientras que en inglés es *dog* y *chien* en francés.

Ya en el siglo XIX Ferdinand de Saussure observaba que los signos arbitrarios asignados al lenguaje se transmiten dentro de la misma cultura una vez se consolidan y se aprenden por repetición. Así, una vez una palabra nueva entra en un idioma y se extiende lo suficiente como para ser reconocida por un grupo significativo de ese grupo social, se mantendrá como término. Un ejemplo reciente podría ser la palabra *ordenador*. Hace 200 años no existía siquiera el concepto y hoy en día todas las personas de habla hispana imaginan un objeto muy similar cuando la escuchan o la leen.

Otra característica humana de esos sistemas es que evolucionan y se van adaptando a la nueva realidad en la que se encuentran. Un gato maúlla hoy igual y con los mismos sonidos y signos que hace doscientos años, mientras que nuestros lenguajes incorporan vocablos nuevos de manera habitual. Los idiomas así desarrollados por los grupos de humanos se transmiten culturalmente de generación a generación, ampliándose, expandiéndose y permitiendo interacciones cada vez más complejas y específicas. Un perro ladra igual en Alemania que en Ecuador, por poner un ejemplo. Si dos personas de esos dos países (u otros dos con idiomas diferentes) se encuentran de pronto y cada una habla en el idioma materno que le ha transmitido su cultura, no lograrán comprenderse y deberán recurrir a herramientas gestuales y onomatopéyicas para comunicarse. Si dos perros de los mismos países se encuentran, se comunicarán sin dificultades. Gran parte de la comunicación de otras especies se basa en sistemas que no son fónicos: gestos, movimientos, sonidos, muecas y otros. Los seres humanos también hacemos uso de esos mismos sistemas cuando nos son necesarios y habitualmente combinados con el lenguaje, mientras que los animales están limitados a ellos.

La comunicación humana también supera con mucho a la de otras especies en cuestión de voluntad e intención; el ser humano maneja un subtexto en sus emisiones que no existe en las expresiones de los animales. La persona elegirá cierta palabra o entonación para transmitir un estado de ánimo sin referirse directamente a él y quizá otra palabra, aunque sinónima, u otra entonación, para que el receptor comprenda que el estado de ánimo es otro. Un ejemplo que ilustra con mucha claridad esta característica es la elección de diferentes sinónimos en función del subtexto. Si una persona dice, *la temperatura es elevada* probablemente no se interprete ese conjunto de palabras de la misma manera que *¡me muero de calor!* La intención del hablante queda así también reflejada en su elección de registro idiomático, palabras, probablemente tono y pronunciación. La propia riqueza lingüística que manejamos los humanos nos permite aunar intención con producción. Los animales están infinitamente más limitados a este respecto también que nosotros.

Así podríamos decir que la comunicación, aun siendo una característica animal, lo es todavía más humana porque aúna intención, capacidad, voluntad y variedad. Ningún estudio realizado con otras especies puede demostrar que confluyen esas cuatro características en ninguno de los intercambios realizados por ellos. Por ello consideramos que la comunicación, a pesar de estar presente de manera rudimentaria en muchas especies, solo en la humana alcanza un verdadero rango de prevalencia.

Cuando un bebé viene al mundo, su capacidad para comunicarse es muy limitada. Hemos comenzado diciendo que al principio esa destreza se va construyendo por un proceso de prueba y ensayo, con corrección de errores y desarrollo paulatino, a pesar de lo cual, no deja de ser comunicación en el sentido más estricto del término. Nada más venir al mundo, una criatura llora pidiendo alimentos, aunque en un inicio lo hace por instinto. Cuando los recibe, y esta situación se repite cada vez, poco a poco comienza a asociar acción-reacción, que sus lágrimas y gritos le consiguen alimento. Con cada iteración del proceso, en su pequeño cerebro se reafirma la creencia de que ese sonido que está emitiendo le lleva a recibir comida. Repetición tras repetición, esa opinión se refuerza, por lo que el llanto se convierte en una rudimentaria herramienta de comunicación que se traduce en una petición de sustento. Rápidamente, el pequeño llorará con intención de solicitar ser alimentado. Con el tiempo, el niño va ampliando y puliendo sus sonidos y emisiones hasta que de pronto comienza a asociar algunos de ellos a respuestas definidas y significados precisos. Así nace su incipiente dominio del lenguaje.

La capacidad que tenemos los seres humanos para desarrollar nuestras destrezas lingüísticas tampoco encuentra igual entre las demás especies animales. Aún en aquellos ejemplares en que se ha conseguido establecer algún tipo de intercambio, como con algunos primates, el desarrollo ha sido limitado y no va más allá de unos pocos, muy pocos miles de palabras o conceptos, y nunca asociados entre ellos formando ideas complejas. El niño, sin embargo, adquiere habilidades comunicativas a una velocidad sorprendente, pudiendo transmitir ideas completas y mixtas, sentimientos

e incluso descripciones tras apenas veinte meses de vida. Y todo este proceso es subconsciente. El pequeño no “estudia” el lenguaje ni las herramientas de comunicación, sino que las adquiere gradualmente de su entorno, pudiendo asimilar varios idiomas de manera simultánea.

1.2. El emisor y el receptor en la comunicación humana y en la comunicación animal

Hasta ahora hemos estado hablando de la comunicación desde la perspectiva de la transmisión del mensaje, de su forma, de su soporte y de su vehiculación. Analicemos ahora las dos entidades mínimas de todo tipo de comunicación: el emisor y el receptor. Aunque la comunicación animal siempre se produce en respuesta al entorno, la humana ocurre con mucha frecuencia de manera independiente de este. Un animal se comunicará con un objetivo determinado y habitualmente de aplicación inmediata: avisar de un peligro, expresar su enfado o su miedo, transmitir información que ayude a sus congéneres. En ocasiones, el hombre se comunica simplemente por el hecho de hacerlo, sin objeto aparente. O puede comunicar información con objeto, aunque este no sea inmediato. Así, cuando un maestro explica la teoría de la multiplicación a un alumno en la escuela, el objetivo de que el niño pueda multiplicar tal vez no tenga una aplicación instantánea sino durante el resto de su vida, lo que no impide o anula la comunicación. En los animales no encontramos un proceso mental tan complejo, abstracto y separado en el tiempo. Es cierto que los lobos, por ejemplo, aúllan sin un destinatario aparente. En realidad, lo hacen para informar a otros lobos de su situación y dar a conocer su presencia, por lo que el objetivo comunicativo sigue siendo inmediato, aunque no necesariamente cercano.

La persona puede escribir un libro y comunicar su visión del mundo en él sin saber siquiera si algún día será leído. O componer una melodía, sin tener un público que la escuche. Aún en esos casos, el autor escribe o compone con un receptor en mente. Puede ser un destinatario imaginario o real, existente o no, accesible o ausente, pero siempre existe un destino, aunque se encuentre cientos de años más adelante en el tiempo, como

cuando alguien compone algo para la posteridad. Los animales no son capaces de comunicar con esa intención. En ellos, este acto siempre tiene un fin inmediato, aun cuando su receptor tarde en recibir el mensaje enviado, como ocurre con los aullidos del lobo. En la mente del que aúlla, el mensaje es para que lo reciban sus congéneres, sin plantearse nada más.

En ocasiones, podemos crear o emitir mensajes para personas o receptores desconocidos, generales o incluso aún inexistentes. Imaginemos que escribimos una carta para nuestros hijos, que quizá no hayan nacido. Estamos esperando descendencia y el mensaje va dirigido a esas personitas que nacerán. En ese caso, estamos iniciando el proceso comunicativo con un destinatario que todavía no existe en el mundo real pero sí en nuestra imaginación. Los animales no se comportan así.

Es importante, entonces, tener presente que en muchas ocasiones el ser humano o el animal se expresan sin llegar a comunicar. ¿A qué nos referimos con esta distinción? Expresar algo significa enunciarlo o transmitirlo de alguna manera, verbal o gestual. Se trata de un acto unilateral. El que expresa emite, nada más. La comunicación requiere un receptor, un intercambio. Para que la comunicación realmente se produzca, debe existir un enlace entre dos puntos, el que expresa y el que recibe o interpreta. Cuando una persona sale al campo y grita para eliminar frustraciones o ira, probablemente se está expresando. No busca que le escuchen, le interpreten y, menos aún, le comprendan. Esta distinción es fundamental si queremos analizar la auténtica comunicación y no la emisión de mensajes. El aullido del lobo sí tiene la intención de transmitir información a otros animales, por lo que se diferencia del ser humano que grita al aire desde la colina. El primero comunica, el segundo expresa.

El ser humano o el animal se expresan sin llegar a comunicar.

El caso del mensaje para el futuro sí entraña comunicación porque, aunque el destinatario todavía no existe, el mensaje ha sido emitido con él en mente y con un objetivo específico. En este libro estaremos hablando fundamentalmente de comunicación y no tanto de expresión.

Cuando un ser humano pinta un cuadro, cada componente que constituye la obra de arte, consciente o no, transmite información. La inmensa

mayoría de las obras pictóricas son formas de expresión y no tanto vehículos de comunicación, excepto en algunos casos notables en los que se busca transmitir un mensaje determinado. Aunque existen muchas teorías sobre mensajes cifrados u ocultos en ciertas pinturas, la mayoría son expresiones de las vivencias de su autor y de su visión del mundo. El mismo caso lo encontramos en la música y las expresiones artísticas de los compositores. Expresan sentimientos y emociones, pero no comunican un mensaje determinado.

1.3. El desarrollo lingüístico de los seres humanos frente al de los animales

Pero volvamos al humano bebé. Hemos dicho que en sus primeras semanas de vida sus recursos comunicativos serán muy parecidos a los que alcancen muchas especies animales aún en toda su vida adulta. Desde su nacimiento, los pequeños humanos emitirán sonidos y, cuando estos provoquen reacciones, los repetirán y los harán suyos. En esto no nos diferenciamos de los demás animales. Muchas son las especies con lenguajes articulados que comienzan “balbuceando” y probando emisiones hasta poder imitar a sus mayores y obtener la respuesta que buscan. Sin embargo, ellos se detienen ahí, mientras que los seres humanos continuamos progresando, como ya se mencionó con anterioridad.

Además, el dominio de la lengua o lenguas maternas se consigue en muy pocos años, llegando el niño a manejar estructuras de diversos niveles de complejidad de forma acelerada. Todavía desconocemos cuál es la causa que nos lleva a tener esta gigantesca capacidad, pero lo cierto es que se trata de un crecimiento exponencial rapidísimo que depende directamente de la constante exposición al sistema que se está desarrollando. Un adulto que quiera aprender ese mismo idioma no lo hará a la misma velocidad, a no ser que esté inmerso como lo está el niño en su entorno nativo y durante tantas horas como él. Cuando una persona emigra a un país donde no se habla su idioma, no suele avanzar tan rápido como sus hijos porque no está inmerso en la lengua todo el día, a no ser que esté trabajando, en cuyo caso, el progreso sí es así de parejo.

Hasta la fecha, existen algunas hipótesis que intentan explicar el rapidísimo aprendizaje lingüístico que tiene nuestra especie, las conocidas como «teorías de adquisición del lenguaje.» Las más extendidas y respetadas en círculos académicos son las siguientes:

- La teoría conductista de B. F. Skinner (1971): este teórico de la lengua explicaba que la adquirimos en función de los estímulos externos que nos motivan a desarrollarla; estímulos positivos y negativos como los mencionados al explicar cómo los bebés van seleccionando los sonidos que repetirán y utilizarán más adelante. Cuando un progenitor da al pequeño aquello que busca, su mente relaciona el sonido emitido con la recompensa recibida, fortaleciéndose así su conexión mental entre ambos y creándose una rudimentaria primera “palabra” para referirse a lo deseado. En su teoría, la adquisición depende, por lo tanto, del refuerzo.
- La teoría innatista de Noam Chomsky (1980, 1988): para este autor, el lenguaje es innato al ser humano y consta de una gramática subconsciente universal que poseeríamos todas las personas y que se ve reflejada en todos los idiomas hablados, presentes y pasados. Para este profesional, el lenguaje y el pensamiento son dos mundos independientes en el ser humano. La adquisición se produce a través de un DAL o dispositivo de adquisición del lenguaje innato que facilita este proceso.
- La teoría pragmática de Jerome Bruner (1961): en este enfoque, la base se encuentra en la interacción social. Este tercer autor consideraba que los adultos utilizan un proceso conocido como *andamiaje* que facilita el desarrollo lingüístico en el pequeño y le permite avanzar de forma paulatina y guiada. En él, el entorno social es la principal fuente de alimentación lingüística del niño.
- La teoría cognitiva de Jean Piaget (1952): para este estudioso, las estructuras y procesos cognitivos anteceden a la aparición y desarrollo del lenguaje, y este está condicionado por el desarrollo de la inteligencia, que comienza con el nacimiento.
- La teoría constructivista de Lev Vigotsky (1978): para este autor, el proceso de adquisición y desarrollo del lenguaje en el niño pasa por

etapas diferenciadas y marcadas, cada una de ellas, por unas características determinadas. En la primera, que dura hasta el segundo año de vida, el lenguaje y el pensamiento se desarrollan de forma independiente. Más adelante, el lenguaje se intelectualiza y el pensamiento se verbaliza, confluyendo por fin.

Es posible que en el mundo real el desarrollo del lenguaje se produzca a través de una mezcla de diferentes aspectos de las teorías arriba mencionadas. Cuando conozcamos mejor los mecanismos cerebrales implicados probablemente se aclaren algunos de los procesos. Lo hagamos como lo estemos haciendo, el resultado es espectacular y muy diferente del de otros animales. Llegamos mucho más lejos y a una profundidad muy superior.

Aunque los animales son capaces de comunicar algunos sentimientos o estados de ánimo a través de su rudimentario lenguaje, el dominio humano en este terreno es una vez más, absoluto. Podemos expresar no sólo el sentimiento actual, que es el límite al que llegan las otras especies, sino emociones que tuvimos en el pasado o incluso las que nunca llegaremos a tener o las que creemos poder experimentar en el futuro; es decir, emociones inexistentes en nuestro presente. Señalamos esta capacidad de forma independiente porque tiene una consecuencia no compartida por otros elementos comunicados, y es la de producir el mismo tipo de efecto en el receptor del mensaje. Cuando una persona le transmite a otra algo que le causa pesar o tristeza, esa información puede tener la capacidad de provocar ese mismo sentimiento en la persona que lo recibe. Pongamos por ejemplo el caso de un fallecimiento: una mujer le cuenta a su hermana que se siente muy triste porque ha muerto un conocido común. Esa información puede causar una tristeza similar en la hermana, bien por empatía, bien como resultado de la pérdida del conocido. La realidad es que ese mensaje tiene la capacidad, solo con la palabra, de transmitir un sentimiento de una persona a otra.

Así, a pesar de que la inmensa mayoría de especies animales se comunican de una forma u otra, la persona los supera en prácticamente todos los ámbitos. De ahí que defendamos que se trate de algo muy humano.